

# Olímpicos

ANALÍA JUAN

ILUSTRACIONES  
JULIO ENRIQUEZ



# Cuestión de multiplicación

Una casa de apariencia muy normal, con un árbol en la vereda y un perro en el patio puede resultar un tanto aburrida. Pero como en muchas ocasiones, a veces las cosas, o las casas, no son lo que parecen.

**Nada** era pequeño en la casa de esta historia.

Puertas afuera el cielo era tan amplio que se unía con el mar.

Y el mar era tan inmenso que se unía con el cielo.

Puertas adentro todo se multiplicaba.

No había una mochila, había siete. No había un guardapolvo, había siete.

No había una cartuchera, había siete y si se juntaban todos los lápices se podía construir la madriguera de un castor. Pero por suerte no había castores en Mar del Plata.

La mesa era larguísima, las tazas y los vasos se apilaban como torres inclinadas. Había platos de muchos juegos diferentes, porque entre tanto ir y venir entre la mesa y la alacena era inevitable que se rompieran.

Las cacerolas eran grandes como fuentones, la cocina sufría de estrés crónico, al igual que el baño que siempre resultaba insuficiente.

Mientras que otras madres compraban revistas de moda, o adornos para los estantes, Gina tenía gustos diferentes: harina y jabón en polvo. Una vez al mes realizaba el pedido y luego, un camión volcador dejaba dos montañas blancas en la vereda.



Gina era la del malabarismo, también de la blanqueada de guardapolvos y de la amasada de fideos caseros. Sus brazos eran tan fuertes que podía estrujar una sandía.

No le gustaban los relojes, le parecían objetos demasiado pequeños con engranajes minúsculos y agujas débiles. Por eso vivían al lado de una escuela, para que el timbre de los recreos le fuera anunciando el paso del tiempo. **¡Un buen timbrazo despabilaba a cualquiera!** El problema era cuando no había clases y terminaban almorzando a la hora de la merienda.

Tenía gustos de decoración un tanto extraños, los días de sol colgaba guirnaldas en el patio. Eran coloridas sí, pero no eran precisamente como las que se veían en las revistas. Armaba combinaciones con catorce zapatillas, catorces medias y catorce remeras que flameaban como si fueran banderines de feria.

Dos de las zapatillas siempre tenían las suelas limadas.

**¡Ay este chico que se la pasa corriendo, no le duran zapatillas!**, protestaba en voz alta.

Este chico era el Colo, el quinto de siete. Fernando, Romina, Marisol, Julieta, Carolina y Anahí rompían muchas cosas pero por lo menos les duraban más las zapatillas y hasta podían cederlas en herencia.



El Colo había aprendido a correr desde chiquito, primero para huir cuando alguna de sus hermanas le quería hacer peinados en su cabellera pelirroja. Después para escapar de sus garras, cuando les leía el diario íntimo o les rompía los juguetes.

Vivir en una casa de siete tenía sus ventajas, entre tanto despiole las tareas de la escuela a medio hacer pasaban desapercibidas. Por eso el Colo siempre tenía tiempo extra para ir a la plaza y a la canchita de fútbol.

-*¿Ya hiciste la tarea?* – preguntaba Gina desde la mesada de la cocina cuando escuchaba que Alf, el perro, le anunciaba que estaban de salida.

-*Sí ma, hice todo* – respondía el Colo atándose los botines.

-*¡Mirá que sos rápido cuando querés!* – Gina confiaba en la velocidad para correr pero desconfiaba que fuera igual con los deberes de la escuela.

- *A ver traé la carpeta que te la reviso.*

Fernando hacía picar la pelota en la vereda y el Colo se desesperaba porque sabía que si llegaba tarde los chicos más grandes no lo meterían al equipo. Así que salía corriendo antes de que Gina volviera a llamarlo.

Volvían casi a la hora de la cena y su mamá estaba tan ocupada que se olvidaba de la tarea. *¡Uff.. qué suerte!*, pensaba y se juraba que al otro día sí o sí completaría los deberes. Pero sus zapatillas amaban salir casi tanto como el perro Alf y cuando la pelota volvía a picar en la vereda la historia se repetía.

En el Club Atlético Alvarado jugaba de mediocampo, tenía inconvenientes para mantenerse en la posición porque se largaba a correr y llegaba al arco contrario cuando la pelota recién estaba en el primer cuarto de cancha.

-*Bajá un cambio Colo, no acelerés tanto de entrada que vas a fundir la máquina* – le decía su papá que no entendía de correr pero sabía mucho de autos.

Al Colo le costaba sujetar los caballos de fuerza de las piernas, a lo mejor el fútbol no era lo suyo, pensaba cada vez que el equipo perdía.

Justo por esa época dos atletas fueron a su escuela para promocionar los Juegos Panamericanos que serían allí, en Mar del Plata. Verónica De Paoli les contó sobre la emoción de saltar vallas en velocidad, a medida que hablaba su brazo les mostraba el movimiento como si fueran olas del mar.

*Tres pasos y ¡saltar!, tres pasos y ¡saltar!*  
El Colo seguía el ritmo y su cuerpo hacía el gesto de saltar aunque estuviera sentado en una silla.

Leonardo Malgor dijo que los atletas no nacen, se hacen. Y que cualquiera que haya tenido que escapar de una hermana furiosa y lo haya logrado, tenía grandes posibilidades de ser atleta.

Al Colo le entraron hormigas en los pies, él tenía velocidad y muchas prácticas de escapismo.

Se anotó para hacer atletismo con sus amigos Sebastián y Donalto. La técnica de saltar vallas les sirvió para saltar los alambrados cuando se colaban en alguna fiesta.

Pronto la pista de atletismo le fue ganado a la cancha de fútbol y cuando comenzó a correr con más velocidad, sus entrenadoras Irene y Silvia lo anotaron en su primera carrera.

En su casa ya no le resultaba tan conveniente la rapidez sobretodo en cuestiones de hacer los mandados. En invierno lo mandaban a comprar el pan para que llegara calentito. En verano, a buscar el helado para que no se derritiera en el camino.

**-¡Vos sos más rápido que cualquier delivery!** – bromeaba Fernando.

Y en esa casa en que todo se multiplicaba, comenzaron a multiplicarse las horas de entrenamiento y no les quedó más remedio que comprar un reloj, o dos, y un cronómetro.

Cuando volvía del colegio el Colo se calzaba las zapatillas de correr, no paraba más que para dormir y comer. Su papá le decía que tendría que conseguirse un trabajo en una zapatillería porque era un limador de suelas.

**-Mi trabajo es correr** – respondía el Colo guiñándole un ojo.

Y los dos se reían mientras el Colo se ataba los cordones.

Hasta que una tarde se les cortó la risa de golpe.



**-¡Ya te voy a dar correr!** –gritó Gina a la distancia levantando el boletín de calificaciones como si fuera una tarjeta roja.

Y ahí sí, cuando el Colo la vio venir con pasos de gigante, tuvo que poner a prueba su habilidad y salir a máxima velocidad.

Era difícil explicarle a su mamá que correr era lo más importante y como con palabras no sabía, se le ocurrió contárselo con el idioma de las piernas.

Y corrió y saltó vallas y siguió corriendo. Corría con viento en contra, con lluvia y hasta con sudostada.

Corría, ganaba. Corría, perdía, se caía, se levantaba y seguía corriendo.

Y en la casa en que todo se multiplicaba comenzaron a multiplicarse las medallas y Gina sumó algo más para colgar como guirnalda.

Lonardo Malgor, aquel atleta que lo había inspirado cuando iba a quinto grado, volvió a aparecer en su camino como entrenador. Le dijo que la pista era chica para lo que sus piernas reclamaban y le propuso reemplazarla con algo un poco más largo y que había en todas partes: una ruta.

Era lógico, porque el Colo había crecido en una casa en la que todo se multiplicaba, y su mamá decía que la educación de la casa se llevaba a la calle, y sus piernas estaban educadas para multiplicar.



*Los kilómetros se multiplicaron  
y el Colo se enamoró del maratón.*



## Colo Mastromarino

*Mariano Nicolás Mastromarino* es un atleta argentino nacido en la ciudad de Mar del Plata el 15 de septiembre de 1982. Está casado y tiene una hija. Comenzó a correr en 1995 gracias a una charla que brindaron en su escuela el atleta Leonardo Malgor, su actual entrenador, y Verónica De Paoli. En aquel momento, con sólo 13 años de edad, empezó a entrenar con sus amigos por diversión. De allí en más, desarrolló su carrera deportiva sobre la pista de atletismo con resultados progresivos. Estuvo a muy pocos segundos de conseguir la marca para representar a Argentina en atletismo en los Juegos Olímpicos de Londres 2012. En 2014 fue el ganador de la Maratón de la Ciudad de Buenos Aires, con un tiempo de 02:15:28. Con la marca conseguida en los 42k se convirtió en el primer argentino en clasificar para los Panamericanos de Toronto del 2015, logrando un tercer puesto en la maratón.....